UMBRAL

MEMENTO MORI

UMBRAL

Memento Mori

Escrito en Resistencia – Chaco

Octubre 2024

por: Eduardo "Barba" Gómez Mian



Prologo

Hay caminos que parecen rectos… hasta que se tuercen sin aviso.
Hay rutas que no figuran en los mapas, ni en los GPS, ni en las historias que se cuentan en sobremesas. Son trayectos invisibles, trazados con la tinta del cansancio, de la culpa o del deseo de escapar.

Este no es un cuento de fantasmas. No en el sentido tradicional, al menos. Porque los verdaderos fantasmas no flotan en sábanas, ni arrastran cadenas. Se esconden detrás de decisiones no tomadas.
De palabras que nunca se dijeron. De despedidas que nunca se hicieron bien.

El protagonista de esta historia, no es un mártir ni un aventurero. Es un tipo común. De esos que caminan por la vida con la espalda cargada de silencios. Que viven haciendo equilibrio entre lo que son y lo que aparentan. Que eligen, un día cualquiera, subirse a una moto para irse lejos… sin saber que el viaje no siempre es hacia adelante.

Porque a veces, lo que parece un destino… es apenas una puerta.
Y hay puertas que, una vez cruzadas, no se pueden volver a cerrar.

Estahistoria no busca dar respuestas. Tampoco intenta asustar por asustar. Lo que vas a leer es un descenso. Un tránsito. Un peregrinaje hacia lo más oscuro y lo más honesto de uno mismo. Hay momentos donde no se sabe si lo que duele es la pérdida o el recuerdo. Si lo que asusta es el monstruo, o el espejo. Si lo que se escucha es una canción… o una advertencia.

Y ahí, justo ahí, aparece el Umbral.

Bienvenidos. Crucen con cuidado.
Del otro lado, todo es distinto.

Barba

Capítulo 1 – El inicio

Desde hacía tiempo, Juan soñaba con asistir a un encuentro de motos. No era uno más. No era uno cerca. Este quedaba en el sur, bien al sur, y encima en invierno. Para muchos, una locura. Para él, un desafío personal.

Juan tenía 46 años, empleado público, casado, padre de una hija adolescente. Un tipo común, silencioso, que no necesitaba banderas ni parches en el chaleco. No pertenecía a ninguna agrupación, ni le interesaba. Para él, rodar era algo íntimo, casi sagrado. Era el único lugar donde sentía que la vida bajaba el volumen del mundo.

Le llevó meses ahorrar lo justo. Unos buenos mangos para combustible, otros para comida, y un fondo de emergencia. Consiguió con esfuerzo el equipamiento: camperas de abrigo prestadas, guantes bien abrigados, un cubrecuello que ya tenía más historias que tela y un juego de herramientas que le ofrecían más tranquilidad mental que soluciones verdaderas. La moto estaba en condiciones, aunque no para hacer historia. Pero iba a intentarlo igual.

Salió temprano, con el frío todavía trepando entre los adoquines del barrio y un cielo de plomo que no prometía clemencia. Todavía no amanecía del todo, pero la calle ya exhalaba esa humedad que se pega a los huesos. La moto ronroneaba baja, envuelta en vapor. Juan llevaba los guantes gruesos, pero sentía los dedos entumecidos. Ni siquiera el café del desayuno lo había podido despabilar del todo. Pero eso no importaba. Lo importante era estar en camino.

A medida que avanzaba, el paisaje se volvía cada vez más hostil. Las curvas, sin señalizar. Las banquinas, comidas por la maleza, como si nadie hubiera pasado por ahí en años. Tramos de asfalto despellejado que sacudían la suspensión con cada pozo. Cada tanto el GPS emitía un pitido apagado, anunciando que había perdido contacto. Juan ya ni lo miraba. Se guiaba por carteles oxidados, inclinados, con letras

borradas por el tiempo. Su intuición, forjada en años de escapadas cortas, era lo único que le indicaba que seguía en rumbo. O eso quería creer.

El frío había dejado de ser una molestia para convertirse en un peso. La espalda le dolía, las piernas se le entumecían, y el casco le comprimía la frente como si el aire mismo se estuviera volviendo más denso. Pero no paraba. Porque más allá lo esperaba algo. El desafío. La meta. O tal vez solo la sensación de estar lejos de todo.

Al anochecer, cuando el cielo ya era una cúpula violeta sin luna, decidió tomar un atajo. O eso creyó. Un desvío sin nombre, de esos que no aparecen en los GPS pero sí en los mapas relatados por otros viajeros, en sobremesas de estación o publicaciones viejas en foros olvidados. Algunos decían que ese camino cortaba kilómetros. Otros, que te metía en el culo del mundo. Juan eligió creer lo primero.

La ruta era de tierra dura, maltratada por el viento, con surcos viejos de camiones o tractores que alguna vez pasaron por ahí. No había una sola luz. No había casas. No había postes ni alambres. Solo un corredor de polvo, rodeado de pasto seco y árboles achaparrados, como vigilantes enmudecidos. Avanzaba lento, entre 50 y 60 km/h, tanteando el terreno, con los ojos abiertos como platos y el corazón tanteando el pecho. El ruido del motor era lo único vivo.

Entonces vio algo. Una figura. Algo cruzando delante de él. No grande. No violenta. Un animal, tal vez. Solo eso: una silueta rápida que se deslizaba por el borde de sus luces, casi flotando, como si no tocara el suelo. Juan frenó con cuidado, bajó la pata de la moto, se quitó el casco. El ruido cesó y el silencio se volvió una presencia. No se escuchaba nada. Ni grillos. Ni viento. Ni siquiera su propia respiración parecía tener eco.

El aire tenía ese olor raro de la tierra fría mezclada con hojas húmedas, como cuando se destapa una cueva olvidada. Caminó unos pasos por

la banquina, pisando con cuidado. Esperaba ver algún bulto entre los pastos, una señal de que su vista no le había jugado una mala pasada. Pero no había nada. Ni huellas. Ni movimientos. Ni un sonido. Nada.

Volvió a la moto. Respiró hondo. El corazón seguía acelerado, no de miedo, sino de alerta. Sintió cómo el frío se le metía por los guantes, pegándosele a los huesos. Pensó que tal vez era hora de frenar un rato, tomar agua, relajar el cuerpo.

Se sentó al costado de la ruta, con la espalda apoyada en la rueda trasera. Cerró los ojos unos segundos.

Y ahí… el mundo se fue.

Capítulo 2 – La distorsión

No supo cuánto tiempo había pasado desde que retomó la marcha. Podían ser minutos o tal vez horas. El cuerpo le dolía, el frío le nublaba el juicio, y el horizonte era apenas una línea irregular entre la bruma y la noche. El motor ronroneaba entre sus piernas como si también estuviera cansado, y la ruta —si todavía podía llamarse así— se extendía sin señales, sin marcas, sin lógica.

Fue entonces cuando apareció el parador.

Una construcción apagada, con luces tenues que chisporroteaban como velas a punto de apagarse.No tenía nombre visible, ni carteles de bienvenida, ni rastros de civilización cerca. Solo estaba ahí. Inexplicable, como si hubiese brotado de la tierra en ese instante, por él y para él.

Juan apagó la moto. La dejó cerca de la entrada. Dudó unos segundos, pero la fatiga le ganó la pulseada. En la puerta de madera se leía algo como tallado a mano o con un cuchillo, "memento….", Juan no se detuvo a leer, solo empujo la puerta que se abrió con un chirrido seco. Adentro, un salón amplio, mal iluminado, mesas vacías y pocas personas. Caras que no conocía, gestos vagos, murmullos que parecían repetirse sin sentido. Nadie lo miraba. Nadie lo saludó.

Hasta que alguien sí lo hizo.

—¡Juan! —Una voz grave, de esas que parecen salir de una caverna

—. Qué bueno verte por acá. Te estábamos esperando.

El que hablaba era un tipo alto, delgado, de ojos pálidos y sonrisa incompleta. Vestía un saco largo, gastado, y parecía haberse quedado

atrapado en otra época. Se presentó como Náli, como si eso fuera una respuesta y no una pregunta.

Juan parpadeó.

—¿Nos conocemos?

Náli no respondió enseguida. Lo miró con esa sonrisa torcida, de comisura ladeada, como si escondiera un chiste privado que Juan nunca iba a entender.

—Digamos que... nos estábamos esperando —dijo al fin—. Tarde o temprano, todos pasan por acá. Aunque no quieran.

Juan frunció el ceño.

—¿Cómo decís?

—Este lugar… —Náli estiró los brazos como si presentara una obra de teatro vacía— …no es un destino. Es una estación. Un umbral. Y yo, bueno… soy algo así como el anfitrión. El señor de casa. El que mantiene la puerta entreabierta.

—¿La puerta de qué? —preguntó Juan, con tono medio burlón.

—Del límite —respondió Náli, casi en un susurro—. Entre lo que eras y lo que vas a ser. Entre lo que creés que pasó y lo que en realidad está pasando. No todos se animan a mirar para ese lado.

Juan soltó una risa corta, sin ganas. Dio un paso atrás.

—Está bien, ya entendí… mucho vino o poco sueño, ¿no? Te fuiste al pasto, flaco.

—No me creas si no querés —dijo Náli, sin ofenderse—. La mayoría prefiere no hacerlo. Pero igual terminan quedándose un rato. A veces una noche, a veces más. Algunos nunca se van del todo.

—¿Pero vos escuchás lo que estás diciendo?

—Claro —respondió, sereno—. Pero no importa que lo escuches vos.

Juan iba a retrucarle, pero en ese momento, una voz lo cortó en seco.

Lejana. Fina. Infantil.Como un murmullo en repetición continua, salido de una vieja radio con interferencia:

"Juan va solo por la vía,
nadie sabe quién lo guía..."

Se dio vuelta. Lo vio.
Un nene. Quieto, mirándolo fijo desde el rincón más oscuro del salón. Pálido, inmóvil. Los ojos hundidos como pozos, la boca apenas moviéndose con la canción.

"Juan pregunta, nadie habla,
lo persigue la mirada..."

Y ahí el frío le recorrió la columna como un rayo de hielo mientras el niño seguía su canción

"Si se duerme, no despierta,
si se pierde, nadie alerta..."

Volvió a mirar a Náli, con los ojos clavados en él.

—¿Quién es ese pibe?

Náli giró lentamente el rostro hacia donde Juan apuntaba. Sus ojos recorrieron el salón con calma, como si revisara una lista mental.

—¿Qué pibe?

Juan tragó saliva. Miró de nuevo. El niño ya no estaba.

Náli retomó su discurso como si nada hubiera pasado.

—Este lugar… no todos llegan, ¿sabés? Algunos lo encuentran. Otros lo eligen. —Se acercó un poco más

—. Pero vos… vos lo necesitabas. Acá podés quedarte. Descansar. Ya hiciste bastante.

—No, no… solo quiero seguir mi camino. Mañana, bien temprano.

Náli lo miró con indulgencia, como un médico ante un paciente que todavía niega el diagnóstico.

—El camino... eso es lo que todos dicen.

Afuera, el viento silbaba como un animal herido. La temperatura caía en picada.

—Podés pasar la noche acá —ofreció—. Ya te preparamos una habitación. Y tu moto está segura. Incluso, tus cosas ya están en la cama.

—¿Cómo…?

—Ya está hecho —dijo Náli, y dio media vuelta para guiarlo.

Subieron unas escaleras estrechas, entre crujidos y sombras largas. El pasillo olía a humedad vieja y madera vencida. Cada puerta parecía igual: sin número, sin pomo, sin historia. Al llegar, Juan encontró su equipaje sobre una cama angosta, como si lo hubieran estado esperando. El lugar tenía un halo sin tiempo: paredes manchadas, cortinas gruesas que no se movían ni con el viento, y un zumbido sordo que venía del techo. Como si algo viviera adentro de las paredes.

Antes de cerrar la puerta, fue a asegurarse de que la moto estuviera bien. En efecto, estaba guardada en un pequeño cobertizo con candado. Al volver, Náli lo interceptó con dos copas en la mano.

—¿Un trago? Cortesía de la casa.

Juan negó con una sonrisa tensa.

—Gracias, pero paso. Mañana quiero salir temprano.

Náli rió. Una risa seca, hueca.

—Tenés toda la eternidad para hacer ese viaje, Juan.

Juan murmuró un "gracias" forzado y se encerró. Puso la traba, y por las dudas, una silla contra la puerta.

Se sentó en la cama, pensativo. Empezó a repasar rutas mentales, calcular kilómetros, medir el combustible, imaginar mapas. Pero no podía sacarse de la cabeza la canción del chico, la mirada de Náli, el “ya está hecho”. Todo le resultaba demasiado orquestado, como una obra donde él había sido convocado sin saberlo.

Y entonces, los golpes.Secos. Firmes. Dos.

—¿Quién es? —preguntó desde la cama.

Silencio.Otro golpe, más fuerte.

—¿Quién carajo es?

Una voz suave, femenina:

—Me envía Náli…

Juan se levantó fastidiado. Abrió la puerta con intención de poner límites. Pero del otro lado…

Una mujer, Impecable. Hermosa. Vestida como si hubiese salido de un catálogo demasiado sugestivo. Se apoyaba contra el marco con una sonrisa felina.

—Náli pensó que te vendría bien un masaje —dijo

—. Veo que necesitás relajarte… ¿me dejás pasar?

Juan, entre la sorpresa, el cansancio y una gota de desconfianza, se negó.

—No, gracias. Solo quiero dormir. Que no me molesten más, por favor.

Ella se rió bajito. Se dio media vuelta con un movimiento lento y provocador.

—Te vas a aburrir de tanto descanso…

Juan cerró la puerta. Traba. Silla. Silencio. Se metió en la cama sin apagar la luz. Todo estaba fuera de foco. La canción del chico, la respuesta de Náli, la mujer. ¿Qué lugar era ese? ¿Quién era realmente Náli? ¿Y qué querían de él?

Estaba por cerrar los ojos cuando, una vez más, la voz del niño empezó a sonar, ahora desde algún rincón del pasillo, como si cantara para él y sólo para él:

"Juan va solo por la vía,
nadie sabe quién lo guía.
Juan pregunta, nadie habla,
lo persigue la mirada..."
"Si se duerme, no despierta,
si se pierde, nadie alerta..."

No supo en qué momento el sueño lo venció. Solo que, al cerrarse sus ojos, la voz seguía ahí. Como una cuerda invisible: lo ataba, pero también le advertía que debía alejarse cuanto antes de ese lugar.

Capítulo 3 — La luz

Despertó sobresaltado, como si el sueño lo hubiera expulsado. No recordaba haber soñado nada, pero tenía la sensación de haber estado observando algo... o siendo observado. La luz de la habitación seguía encendida. Juan se sentó al borde de la cama, con la boca seca y los músculos rígidos. Revisó su bolso. Todo estaba donde debía estar. Abrió la puerta con cautela. El pasillo seguía tan oscuro como la noche anterior, aunque esta vez no había cantos, ni pasos, ni susurros.

Bajó. Nadie en recepción. Nadie en el comedor. Nadie. Ni rastro de Náli.

Afuera el clima había cambiado. Seguía frío, pero el cielo era claro. Juan se preparó, cargó su equipaje, revisó la moto. Todo parecía en orden, como si nada de lo ocurrido la noche anterior hubiera sido real.

Salió a la ruta, decidido a retomar el rumbo. Sin GPS, sin referencias. Solo intuición y camino. El aire golpeaba fuerte y seco. El sol bajo proyectaba sombras largas, deformes, que lo hacían sentirse más expuesto que acompañado.

El sol subía lento, como si también dudara de continuar su camino. La ruta se estiraba frente a él, recta, agrietada, con ese gris áspero que ya no parecía asfalto sino piel vieja y reseca.

A los costados, el paisaje era más que desolador: era irreal.
El campo parecía detenido. Pasto seco, amarillo grisáceo, tan uniforme que daba la sensación de haber sido pintado a mano con un solo pincel sucio. Árboles retorcidos que no daban sombra ni refugio, como si nunca hubieran tenido hojas. Y animales. Varios. Pero quietos.

Inmóviles. Una vaca con la cabeza baja al borde del alambrado, sin pestañear. Un zorro en posición de alerta que no se movía ni ante el rugido de su motor. Pájaros sobre los postes que no volaban. Todos fijos. Como figuras de yeso.
Juan bajó la velocidad. Los miró pasar uno por uno, con esa mezcla de curiosidad y desconfianza que se tiene al atravesar un sueño del que no se puede despertar.

Más adelante, algunas casas. Oscuras. A medio caer. De techos vencidos y paredes con grietas como cicatrices. Puertas abiertas que no invitaban a entrar. Ventanas con cortinas tiesas, clavadas en la misma posición. Otras directamente vacías, como ojos huecos.

Pasaban los kilómetros y la luz del día no traía consuelo. Solo más de ese campo seco, ese viento sin olor, ese tiempo que parecía arrastrarse.

Por un momento, Juan pensó que el motor de la moto era el único sonido real que quedaba en el mundo.

El cielo empezó a cambiar. El sol descendía lento, teñido de un ámbar sucio. Las sombras se alargaban. El aire se enfriaba. El cuerpo pedía descanso, pero él no se detenía. No quería volver a pasar la noche en otro lugar como aquel.

Entonces, lo notó. Una luz.
Primero débil, intermitente. Luego más intensa. Se reflejaba en el espejo retrovisor como un faro lejano. Una luz amarilla, constante, sin parpadeo, sin el típico rebote de una moto o auto en movimiento. Juan miró una vez. Dos. Tres. Siempre ahí. A la misma distancia. Nunca más cerca. Nunca más lejos.

Reducía la velocidad. La luz también. Aceleraba. Seguía ahí.
No podía ser una moto: no había vibración, ni motor. Tampoco un auto. El resplandor no era cálido. Era más… eléctrico. Antinatural.

Comenzó a sudar, pese al frío.

Miró otra vez. La luz estaba más alta. Como si flotara.
Frenó de golpe. Bajó la pata. Se giró por completo. Nada. Solo el camino vacío y recto, como dibujado a mano sobre una cartulina gris.
Subió otra vez. Avanzó unos kilómetros más. Volvió a mirar.
Ahí estaba, la luz, Inexplicable. Persistente. Vigilante.

La noche cayó de golpe, sin anuncio ni ceremonia, como un telón de teatro que se desploma. La ruta, antes desierta, ahora parecía diluirse en su propia oscuridad. Ni un solo auto. Ni un sonido. Solo el rumor constante del motor y esa luz en el retrovisor, siempre presente, siempre callada.

Juan iba tenso, con la espalda dura como piedra. El tablero empezó a titilar. Apenas un chisporroteo al principio, casi imperceptible. Después, un destello más largo, errático. Finalmente, el apagón.

Un tirón seco. La moto tosió como si tragara aire sucio. Y entonces… nada.

Oscuridad total. Solo el reflejo pálido de la luna sobre el casco. Y la sensación, cada vez más fuerte, de que algo no estaba bien.

Juan apagó y volvió a encender. El tablero chispeó una vez, resistiéndose, y murió por completo. La luz delantera también. Solo quedaba el motor, tosco, cansado, y el reflejo helado de la luna colándose entre los árboles flacos del costado del camino.

El cansancio le pesaba en los hombros. El cuello rígido. Las manos tensas en el manillar. El cuerpo pedía descanso y la moto, nafta. Era el límite.

Desesperado, bajó la velocidad. Miraba hacia los costados, buscando alguna señal, cualquier cosa: una garita, un cartel, un perro. Algo que indicara vida. Nada.

Hasta que a lo lejos, casi imperceptible, vio algo. Una línea en el campo que no pertenecía a la naturaleza. Un sendero. Un par de huellas marcadas, como de un carro viejo o una carreta. Lo siguió con la vista. A unos doscientos metros, al fondo del terreno, una construcción baja. Una casa.

Tenía techo a dos aguas, una galería pequeña al frente, y una única ventana encendida que parpadeaba como si la lámpara estuviera peleando contra sí misma. El resto del campo era un mar de sombras y ramas secas.

Juan no lo dudó. Giró el manillar y entró al sendero de tierra. La moto avanzó entre chirridos y temblores. Las ramas lo rozaban como dedos fríos.

Cuando llegó al frente, se detuvo. El motor hizo un ruido sordo y murió por completo. Nada de luces. Nada de fuerza. Solo la noche.

Subió el pie y bajó de la moto. Tocó la puerta con la mano abierta, sin golpear muy fuerte.

Silencio.

Entonces, la puerta se abrió.

Una mujer lo miró. No tenía más de sesenta años, aunque su piel parecía más vieja. Era delgada, de ojos claros pero apagados, con un delantal de tela gruesa y un rodete blanco prolijo. A su lado, apareció un hombre corpulento, calvo, de manos grandes y expresión neutra. Vestía un pantalón de trabajo y una camisa con manchas que parecían tierra… o algo más.

—Buenas noches… —empezó Juan, incómodo—. Perdón la hora, pero se me descompuso la moto… ¿Podría quedarme acá hasta que amanezca?

La mujer lo miró un segundo de más, como si estuviera decidiendo algo.

—Claro, hijo. Pase nomás. Esta noche refresca.

El hombre asintió sin decir palabra. Se corrió a un costado para dejarlo pasar. Tenía los ojos hundidos, pero no eran agresivos. Solo… gastados.

Juan entró.

El interior olía a leña, pero no había fuego. Una lámpara de querosén iluminaba la sala, proyectando sombras largas en las paredes.

—Puede dejar la moto ahí, cerca del aljibe —dijo el hombre, ahora desde el umbral—. Mañana vemos si arranca.

La mujer ya se perdía entre una cortina que separaba la cocina del comedor.
Todo era hospitalario. Todo era silencioso.Demasiado.

Juan se quedó unos segundos parado, todavía procesando el gesto amable. La mujer desapareció detrás de la cortina y él aprovechó para observar el lugar. La sala era modesta, con muebles viejos, tapizados descoloridos, y una alfombra raída que crujía con cada paso. Las paredes estaban cubiertas de fotos en blanco y negro. Muchas. Demasiadas. Familias, parejas, niños… pero todos tenían algo inquietante en común: no tenían rostro. Las siluetas eran claras, los cuerpos bien definidos, pero las caras eran manchas borrosas, veladas, como si alguien las hubiera borrado con un trapo húmedo o una navaja.

Juan se acercó, fascinado y perturbado al mismo tiempo. Sentía que esas imágenes lo observaban desde su vacío. A su derecha, un reloj de péndulo colgaba junto a una repisa con figuritas de porcelana. Las agujas giraban, sí… pero al revés. Lentas, constantes, desobedientes al tiempo. El tic-tac tenía un ritmo extraño, como si cada segundo pesara más que el anterior.

Antes de que pudiera reaccionar, la mujer regresó. Llevaba una bandeja sencilla: una taza humeante y dos panes. Lo miró con ternura seca y dijo:

—Te estábamos esperando, hijo.
Se sentó en la silla frente a él y apoyó la bandeja.
—Náli dijo que venías.

Juan se quedó inmóvil. El nombre le pinchó el estómago como una aguja helada. Alzó la vista justo a tiempo para ver al hombre cruzando desde la puerta. Se detuvo en seco, y su rostro endurecido le lanzó una mirada a la mujer. No dijo nada, pero en esos ojos había reproche. Algo como: “No tenía que saberlo”.

Juan se sintió entre dos fuegos. Quiso hablar, preguntar, levantarse… pero el cuerpo no lo acompañaba. Estaba cansado. Confundido. Agotado. Su cabeza nadaba entre escenas que no lograba ubicar en ningún orden lógico. Se sentó y tomó la taza. Olía a sopa de verduras. Casera. Sin especias modernas ni polvos mágicos.

Probó un sorbo.Y se quebró.

La memoria se abrió de golpe como una puerta sin traba. Su abuela. Esa cocina chiquita. El delantal con flores. Las manos arrugadas revolviendo una olla de hierro sobre la hornalla. Ese mismo sabor exacto, idéntico, imposible de replicar. Juan parpadeó varias veces. No

sabía si estaba soñando, si era casualidad, o si se había vuelto loco del todo.

El segundo pan quedó en la bandeja. No llegó a terminar la sopa cuando el hombre, de pie y con gesto apurado, dijo:

—Ya es momento de descansar.

El tono no admitía discusión. Juan, sin fuerzas ni argumentos, se dejó guiar por un pasillo estrecho. Las paredes estaban forradas con madera oscura y colgaban más fotos sin rostro. Un solo foco colgaba del techo, oscilando apenas, como si alguien lo hubiera empujado.

La habitación era mínima. Una cama de hierro, un velador de pantalla rota, una silla con un almohadón viejo. El hombre señaló con la cabeza y se retiró sin decir palabra.

Juan se sentó. Se quitó la campera, las botas. El aire olía a humedad y a encierro. El colchón crujía con un sonido seco, como huesos de animal. Mientras se frotaba los pies, alcanzó a escuchar algo.

Voces.

No cerca. No en la cocina. Más al fondo. Una discusión en susurros que atravesaba el silencio. No se entendían las palabras, pero sí el tono: el hombre hablaba rápido, tenso. La mujer le respondía más bajo. Como disculpándose. Como si hubiera cometido un error. Como si algo no estuviera saliendo según lo planeado.

Juan se quedó quieto, en medias, con una sola bota en la mano.

El corazón empezó a acelerarse otra vez.Y el frío volvió a colarse, ahora desde adentro.

Pasaron unos minutos y el silencio volvió a tragarse la casa. La discusión se evaporó como si nunca hubiera existido. Juan se acostó con la ropa puesta, rendido. Cerró los ojos e intentó repasar los mapas imaginarios de la zona. Necesitaba orientarse. Ubicar algún cruce, una referencia, cualquier cosa que le dijera dónde carajo estaba. Decidió que al otro día le pediría al hombre que lo orientara para volver a la ruta principal. La misma que nunca debió abandonar.

La noche se deslizó entre sombras. Los sueños de Juan eran apenas fogonazos sueltos, como diapositivas mal ordenadas: la curva cerrada, el primer encuentro con la figura al costado del camino, la luz en la ruta, los rostros sin cara, la sopa de su abuela. Todo deshilachado, como si alguien estuviera barajando su memoria.

El sol asomó sin gloria, envuelto en una neblina lechosa. Juan se desperezó, se vistió rápido, y salió de la habitación todavía con la duda pegada a la espalda. La mujer lo esperaba en la cocina con un mate cocido, pan y dulce de durazno.

—¿Desayunás algo? —preguntó, amable.

—No, gracias. Necesito encontrar al señor. Tengo que revisar las luces de la moto y conseguir algo de nafta. Quiero seguir viaje —dijo Juan, con tono educado pero firme.

La mujer sonrió, como si ya supiera todo.

—Ya está hecho —respondió, y sin más lo invitó a salir al patio.

Caminaron hasta el aljibe. El hombre estaba ahí, apoyado contra el brocal, mirando al horizonte como si vigilara algo que sólo él podía ver.

Juan se acercó y le tendió la mano.

—Gracias por la ayuda —dijo con sinceridad.

El hombre lo miró de reojo y dijo, seco:

—Yo no hice nada.

Juan frunció el ceño, pero decidió dejarlo pasar como si fuera un rudimentario “no hay por qué”. Respiró hondo, tragándose la incomodidad, y volvió a la carga:

—Bueno… ¿cómo hago para volver a la ruta principal?

El hombre lo miró otra vez, como si no entendiera la pregunta. Como si la palabra ruta no existiera en su vocabulario. Juan sintió un tirón de impaciencia.

—Escúcheme… ¿cómo salgo de acá?

El tipo lo observó sin cambiar el gesto. Un rostro inmóvil, casi de cera.

—Solo tenés que seguir el camino. No hay otra forma.

Y sin despedirse, sin mirar atrás, tomó a la mujer del brazo y juntos entraron a la casa. La puerta se cerró con un sonido seco.

Juan quedó solo, con el viento peinándole el pelo, el casco en la mano, y una creciente sensación de que estaba exactamente en el mismo punto en el que había empezado… pero más lejos que nunca.

Capítulo 4 - La aparición

La moto ronroneaba otra vez bajo su cuerpo. Juan sentía el crujido de las suspensiones en cada bache y el traqueteo de la mochila floja en la parrilla trasera. El camino parecía haber regresado a una lógica entendible: un sendero de tierra firme que zigzagueaba entre montes bajos, salpicado de algarrobos y espinillos resecos. Aún no sabía dónde estaba, pero el solo hecho de avanzar lo calmaba.

No había carteles. Ni postes. Ni pájaros.

Buscó señal en el celular, otra vez. Nada. El mapa estaba congelado, como si se negara a mostrarle el mundo real. Hizo zoom con los dedos, con bronca. Cero coordenadas. Cero respuestas.

Juan decidió seguir el camino. El sol del mediodía caía vertical, pero el viento no daba tregua. Ráfagas sucias, cargadas de tierra seca, barrían la ruta y levantaban cortinas espesas como humo de incendio. La visibilidad era casi nula. Bajó la velocidad, casi al paso de hombre. El motor, tosco y caliente, roncaba bajo su asiento.

Entre la polvareda, a lo lejos, algo llamó su atención. Una figura oscura al costado del camino, recortada en la bruma arenosa. Algo blanco en sus brazos parecía emitir una tenue luz, como si la tierra entera estuviera grisada menos ese punto.

Siguió con cautela. Los ojos entrecerrados. El casco empañado por dentro. El corazón golpeándole fuerte en los oídos, como si quisiera escaparle al pecho.

A unos treinta metros, la imagen tomó forma. Una mujer, parada, inmóvil, como una estatua bajo el sol.

En sus brazos, un bebé. Envuelto en una mantilla blanca que relucía como si no le perteneciera a este mundo.

Ella vestía normal. Un pantalón de jean gastado. Un buzo rojo de abrigo. El bebé, o lo que fuera, parecía dormido… o ausente. No se movía. No lo miraba. Ninguno de los dos.

Juan aflojó aún más. Bajó a segunda. Algo frío le bajó por la nuca.

La reconocía. No de verla, no de conocerla. Pero sí de escucharla. Esa figura estaba en un relato viejo, uno de esos que circulaban en los fogones entre mate y ginebra. La historia de un motero que se había desviado de la ruta y nunca volvió. Una aparición femenina que se paraba con un bebé sin rostro, justo antes de que todo se apagara.
"No puede ser", pensó, mordiéndose el labio inferior.

Pasó junto a ella muy despacio. Casi deteniéndose. La mujer ni lo notó. Ni siquiera parpadeó. Mantenía la mirada fija en el bulto blanco entre sus brazos. Una calma antinatural. Una ausencia de tiempo.
Juan tragó saliva. Siguió adelante. No se animó a mirar de frente.
Pero cuando se atrevió a espiar por el retrovisor...
No había nadie. Solo el polvo. Solo la nada.

Capítulo 5 – Revelaciones

Juan seguía rodando, o eso creía. Desde que vio a la mujer con el bebé, algo se le había soltado adentro. No sabía si era el miedo, la razón, o la conciencia misma, pero sentía que todo lo que lo rodeaba tenía una textura falsa, como un decorado mal pintado. El camino seguía, sí, pero era como si no llevara a ningún lado.

Las voces empezaron como ecos suaves. Fragmentos de conversaciones. Voces de su infancia, del trabajo, de su madre. También alguna que otra palabra dicha por Náli, aunque no recordaba bien cuándo ni cómo se la había dicho. No se escuchaban afuera, sino adentro. Como pensamientos que no eran suyos.

—No estás acá —decía una.

—Nunca saliste —decía otra.

—Ya te fuiste —susurraba la más fina, como un silbido de viento entre las orejas.

Juan sacudió la cabeza. Quiso aferrarse al manillar, apretar fuerte. Pero sentía que el cuerpo no le respondía con precisión. Como si manejara a través de una neblina densa, que no estaba en el aire sino en él.

Decidió parar. Despejarse. Bajó de la moto frente a una garita vieja al costado del camino. Una de esas paradas de colectivo rurales, techito de chapa y banco de cemento. Caminó unos metros, se lavó la cara con agua de su cantimplora, respiró hondo. El silencio dolía.

Cuando volvió a mirar hacia la garita, el corazón se le paralizó.

La moto ya no estaba.

Miró a los costados. Nada. Caminó hasta el punto exacto donde la había dejado. Tierra marcada por la goma, pero ningún rastro más. Como si se la hubiese tragado el paisaje.

—No puede ser… —murmuró.

Desesperado, pensó en volver. Regresar a la casa donde había pasado la noche. Pero algo en su cabeza, una lógica mínima que aún le quedaba, le dijo: "Si te robaron la moto acá, es porque hay alguien cerca. Un pueblo. Un asentamiento. Algo. Volver no tiene sentido. Seguí."

Y así lo hizo. Empezó a caminar.

La ruta, silenciosa. El viento, denso. Todo parecía más grande, como si el paisaje estuviera estirado. El horizonte se alejaba con cada paso.

A lo lejos, una luz. Después otra. Dos faroles, parecía.

Juan apuró el paso. Pero no se acercaban. O peor: se movían con él.

Corrió. Transpirado. Con la garganta seca. No sabía si eran minutos o horas. Pero las piernas le pesaban. La cabeza le latía. Las luces seguían, ahí adelante. Siempre ahí.

El viento arreció con fuerza inesperada. Una ráfaga violenta levantó una nube de polvo que lo obligó a bajar la cabeza . No podía ver nada más allá de diez metros. El cuerpo entero le pesaba, y su mente seguía atrapada en la imagen de la mujer con el bebé. Ese rostro inmóvil. Esa ausencia imposible.

El camino se volvía cada vez más irreal.

Hasta que, de golpe, sin darse cuenta cómo, llegó.

Entre la polvareda, una silueta oscura empezó a dibujarse. Era una construcción vieja, al costado del camino, solitaria, erosionada por el tiempo. Juan la identificó como una iglesia o algo parecido. La piedra era negra, rota. Los vitrales estaban partidos, pero aún colgaban de los marcos de hierro, como ojos quebrados que no podían cerrar.

La necesidad de detenerse, de bajar del infierno de tierra y viento, lo obligó a buscar refugio, ya en la entrada empujó una puerta desvencijada que crujió como si alguien se quejara desde dentro.

Adentro, el silencio era sólido.

Una penumbra azulada cubría todo. El aire estaba cargado de polvo fino, como si nadie hubiera respirado allí en siglos. Caminó con cautela. El techo alto dejaba pasar una luz tenue, sucia, que atravesaba los restos de vitrales donde las cruces, curiosamente, estaban todas invertidas.

En el centro del templo, colgaba una cruz de madera ennegrecida. Vacía. Sin figura.

Solo quedaban los clavos, como testigos del sacrificio.

Juan sintió que el estómago se le revolvía.

—Dios no está acá —pensó.

Una sensación extraña lo obligó a girar. A su izquierda, un espejo grande, agrietado, colgado torcido sobre una pared. Se acercó, con ese impulso inevitable que nos empuja a mirar incluso cuando no queremos ver.

Pero el espejo no le devolvía su reflejo.En su lugar, reflejaba al niño del parador, ese que le había cantado su nombre en voz baja.

Estaba ahí, de pie, en medio de la nada, mirándolo fijo. No movía los labios, pero la canción resonó en la mente de Juan como si alguien se la susurrara al oído:

"Juan va solo por la vía,

nadie sabe quién lo guía…..”

Juan retrocedió, trastabilló. Golpeó con la rodilla una radio vieja, de perilla redonda. El aparato, como si lo hubieran encendido desde otro plano, comenzó a emitir un sonido estático que rápidamente se transformó en algo reconocible.

Voces. Llantos. Una mujer, rota.

—Juan… por favor… Donde estas?

—Papá… papá, tengo miedo.

Eran ellas. Su mujer. Su hija.

Juan cayó de rodillas. Se tapó los oídos. Quiso apagarse. Pero las voces no venían de la radio. Venían de adentro. Como si alguien estuviera transmitiendo desde su propio pecho.

Quiso huir. Avanzó a tientas por un pasillo lateral. Las paredes estaban húmedas, agrietadas, con un olor agrio que se pegaba a la garganta.

En los costados, calabozos. Celdas de hierro viejo, oxidadas, con barro seco en el suelo y restos de cosas que alguna vez fueron humanas. Juan avanzaba entre esas jaulas como un espectador en un museo del espanto.

En una de ellas, iluminada por una lámpara que parpadeaba como si se negara a mostrar más de la cuenta, una mujer sin ojos planchaba algo.

No. No le faltaban los globos oculares. Nunca los había tenido.

Su rostro era una superficie lisa, sin cuencas, sin pliegues, sin cejas. Una piel estirada como cera derretida, donde la naturaleza se había olvidado de dibujar la vista. Y aun así, ella planchaba. Una y otra vez. Una camisa con rayas celestes. El vapor salía de la plancha, aunque no había cable, ni enchufe, ni toma de corriente. El vapor salía igual.

La plancha, por momentos, parecía teñir la prenda de sangre.

Una cosa oscura manchaba la tela, y ella la volvía a planchar, con movimientos suaves, repetitivos, como si esa mancha fuera una distracción que debía ser eliminada. Cada tanto murmuraba algo, un susurro casi mecánico, como si estuviera rezando... pero sinemitir sonido.

Juan la miró paralizado. Sintió que si se quedaba un segundo más, iba a empezar a planchar junto a ella, o peor: a dejarse planchar.

Y entonces, la mujer detuvo el movimiento.

Giró la cabeza lentamente hacia él. No lo podía ver. Pero sabía que estaba ahí.

Un hilo de sangre bajó por la comisura de los labios, justo cuando comenzaba a dibujar una sonrisa macabra. Y, sin dejar de sostener la plancha.

Juan helado solo atino a correr.Exhausto Juan decide parar un momento para recobrar el aliento, en otra celda, más oscura que las demás, algo golpeaba rítmicamente.

Juan se acercó, impulsado por una mezcla de miedo y magnetismo.

Y entonces lo vio.Un hombre sin boca.

Estaba de pie contra la pared de piedra, con las manos ensangrentadas, golpeando con los puños una y otra vez. Pero no como quien intenta escapar… sino como quien ya sabe que no hay salida y aún así no puede dejar de intentarlo.

Su rostro era una aberración. No le faltaban los labios. No era una herida ni una mutilación.Nunca había tenido boca.

La piel se extendía lisa desde la nariz hasta el mentón. Como si la cara hubiera sido sellada por algo que odiaba el sonido.

Y sin embargo, la mandíbula se movía.Desesperada. Violenta. Como si buscara romper la carne desde adentro.

Pero no se abría nada. Solo se estiraba la piel, como goma tensa al borde del desgarro.

El hombre se sacudía con cada intento de grito. Se ahogaba en su silencio.Los ojos, enrojecidos, suplicaban un auxilio que no tenía nombre.

El cuerpo entero temblaba, como si el alma adentro estuviera intentando salir por cualquier parte del cuerpo.

De las uñas. De los poros. Del llanto seco.

De pronto, detuvo los golpes.

Miró a Juan con una expresión que ningún rostro debería tener.

Y entonces se golpeó el pecho con ambas manos, fuerte, una y otra vez, como si intentara romperse el tórax para liberar el grito desde adentro.

No podía.No había por dónde.

Juan dio un paso atrás, con el estómago encogido.

El silencio de ese hombre dolía más que un alarido.

Porque no pedía ayuda. Pedía existencia.

Juan sigue, desesperado por encontrar una salida, más adelante, una gran sala. Iluminada por antorchas, malditamente vivas. Un festín grotesco se desarrollaba en el centro.

La sala era más grande de lo que parecía desde el pasillo, pero el techo bajo y el calor sofocante la convertían en un pozo cerrado. Una luz ambarina temblaba desde las paredes, proveniente de esas antorchas que no ardían con fuego, sino con un resplandor aceitoso y enfermo, como si quemaran grasa humana.

En el centro, una mesa tosca de madera, enorme, agrietada, cubierta de restos. No platos. No cubiertos. Solo cuerpos.

Seres deformes, mitad hombres, mitad bestias, comían con un frenesí animal.

Tenían rostros humanos, pero los huesos del cráneo les sobresalían como cuernos rotos.

Algunos no tenían nariz. Otros, bocas que se abrían verticalmente, desde el cuello hasta la frente.

Uno arrastraba una pierna que parecía la de un caballo, pero mal formada, llena de llagas. Otro tenía manos de niño… pero con uñas de jabalí.

Las bocas estaban repletas. Masticaban con violencia, sin tragar del todo, dejando que los pedazos de carne se deslicen por los costados del mentón.

El piso estaba tapizado de huesos partidos, dientes sueltos, piel arrancada.

El olor era penetrante. Sangre vieja. Vómito reciente. Descomposición caliente.

Uno de ellos, con la espalda arqueada como una hiena enferma, sostenía un brazo humano aún con un anillo en el dedo.

Masticaba la parte del bíceps, como si fuera pan blando.

El crujido del hueso se oyó como una rama quebrada en medio del silencio de una iglesia.

Juan sintió que el estómago se le subía a la garganta. Dio un paso atrás. El ser levantó la cabeza. Y lo miró. No con odio. No con rabia. Con reconocimiento. Como si lo estuviera esperando. Como si lo conociera de antes. Como si ese brazo no fuera de un desconocido.

Los ojos de la criatura —vacíos, opacos, hundidos como dos llagas— se fijaron en Juan y en su muñeca izquierda.

Él bajó la vista por reflejo.

En su brazo... faltaba su pulsera de cuero. Esa que llevaba desde el primer viaje. La que nunca se sacaba. La que su hija le había regalado.

El monstruo la tenía en la muñeca del brazo que devoraba. Juan retrocedió, paralizado. Los demás seres comenzaron a levantar la cabeza, de a uno. Olieron algo. Lo olieron a él.

El banquete se detuvo. Las bocas abiertas. Los ojos sin párpado. Los dientes sucios. Y, al unísono, sonrieron. Juan dio un paso atrás. Y entonces lo sintió: unas fuerzas oscuras.

Como manos invisibles. Lo sujetaban. Lo arrastraban hacia el centro. La radio explotó. El espejo estalló. Las antorchas se apagaban una por una.

Capitulo 6 – El colapso

No supo si fueron segundos o siglos.

Había viento. Había tierra. Y un zumbido en los oídos como si tuviera el mundo metido en una caracola.

Abrió los ojos. Estaba de pie. O creyó estarlo.

Frente a él, dos faroles amarillos iluminaban una construcción familiar.

El cartel colgado apenas se leía. El óxido lo había devorado casi por completo.

Pero la forma… la entrada… la curva en el camino...

Era el parador. El mismo parador donde conoció a Náli.

La confusión era total. Juan no podía creer lo que veía. ¿Cómo podía ser? ¿Tantos kilómetros recorridos? ¿Tanto desgaste, tanta locura, para terminar donde había empezado? Era como si el camino se burlara de él, como si lo hubiera llevado en círculos dentro de una trampa invisible.

Pero en medio del desconcierto, algo brilló.Un rayo de pensamiento lúcido, fugaz pero firme.

"Si llegué hasta acá… puedo volver a la ruta principal."

Se acercó a la entrada. Dio un paso. Otro. Ya casi levantaba la mano para abrir la puerta del parador, y alcanzo a leer esa escritura que antes no le dio importancia, tallado en la madera de la puerta

decia“***Memento Mori***”… Juan creyó haber escuchado o leído eso antes, pero en ese momento …Escuchó pasos. Rítmicos. Sordos. No eran pisadas humanas: eran golpes secos, como si el suelo se deformara al contacto de algo que no debía caminar sobre él.

Giró apenas la cabeza. No vio nada. Pero lo sintió. Una presión helada le recorrió la espalda. Y entonces, lo volvieron a atrapar.

No eran manos. Eran presiones, fuerzas invisibles que se le prendían al cuerpo como garras de humo denso. Lo sujetaban desde todos lados: hombros, cuello, cintura, piernas. No lo empujaban: lo arrancaban. Como si lo despegaran de la realidad misma.

—¡Eh! ¡Soltame! —gritó, pataleando. Pensó en su moto. En ladrones. En una emboscada. En algo que tuviera lógica.

Pero no había nadie. Solo oscuridad. Un abismo sin forma detrás del parador. Un fondo negro que parecía moverse, respirar, abrirse para tragarlo entero. Cuanto más forcejeaba, más se hundía.La oscuridad lo tragaba como barro denso.Los rostros de quienes lo sujetaban no existían.Sólo fuerza. Fría. Ciega. Desalmada.

Y justo cuando sentía que no iba a salir, que su cuerpo se deshacía en esa penumbra sin nombre…

Una voz tronó desde algún lugar.Fuerte. Grave. Final.

—¡BASTA!

Y todo se detuvo.Las manos desaparecieron.El peso se evaporó.

El silencio volvió.

Juan cayó de rodillas. Respiraba agitado, como si hubiera corrido por horas. El aire ardía en sus pulmones. Miró a su alrededor. Estaba solo. No había nadie. Nadie más que él… y la puerta del parador.

Hasta que alzó la vista.Y lo vio.De pie, a pocos metros.Náli.

Parado en el centro del salón, como si jamás se hubiera ido.

Pero esta vez, el parador no era el mismo.

Había mutado. No quedaba nada de lo que Juan recordaba: ni el humo tibio de la parrilla, ni las mesas con manteles a cuadros, ni la tele vieja colgada en la esquina donde un partido alguna vez zumbaba de fondo.

Todo había desaparecido. Ya no era un lugar: era una cáscara vacía.

Un salón gigantesco, oscuro, con las paredes comidas por el tiempo, partidas en pedazos, como si hubieran sido arañadas por algo que quería salir o entrar.

El piso, cubierto de baldosas rajadas, tenía marcas profundas, cicatrices de algo que no podía nombrarse. Algunas baldosas estaban levantadas, otras sueltas, y entre las grietas se filtraba una especie de polvo negro, fino, que olía a óxido y encierro.

El aire era espeso. El techo parecía más bajo.

El viento rugía desde un rincón sin ventanas, como si la intemperie hubiera abierto un agujero en la realidad y se estuviera tragando el edificio pedazo a pedazo.

Y en el centro, inmóvil como un tótem olvidado, estaba Náli.

Vestido igual que antes. Pero su ropa ahora parecía seca, sin peso, como si flotara apenas sobre un cuerpo que ya no era cuerpo.

Su piel, antes tensa, ahora era ceniza. Sus ojos, más hundidos. Más lejos. Y su sonrisa… era apenas un pliegue en la cara. Un gesto congelado entre burla y resignación.

Juan dio un paso. El eco retumbó como un trueno.

El silencio era denso. Asfixiante. Daba miedo respirar, como si al hacerlo pudiera romper algo que no debía tocarse.

Quiso hablar. Decir su nombre. O insultarlo. Pero al abrir la boca, no salió nada. Ni voz. Ni aire. Solo un suspiro.

Uno de esos que salen cuando uno empieza a morirse.

Entonces, Náli habló.

—¿Cuántas veces se puede partir en una vida? —preguntó, sin mirarlo directamente—. Algunos lo hacen de golpe. Otros… se van deshilachando como un trapo viejo en el viento.

Juan tragó saliva. Sentía el cuerpo temblarle.

—¿Dónde estoy?

Náli sonrió, apenas.

—No en el mundo. Pero tampoco fuera.

—No entiendo.

—Algunos antiguos lo llamaban "La sala de las dos verdades".

—Náli, estoy desesperado, no entiendo nada —dijo Juan—. Basta de juegos, necesito salir de acá, ayudame por favor, ¿dónde estoy?

Náli continuó:

—Una pluma... solo eso te podría detener. Como alguien alguna vez dijo: "…*La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál*

sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego."

Juan, más confundido que antes, trataba de comprender. Náli siguió:

—*No entrará en ella ninguna cosa impura ni nadie que haga abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida.*

Juan, casi derrotado:

—Solo quiero salir de acá. Decime, por favor, ¿cómo hago para volver a mi casa?

Náli:

—Estás en el pliegue. En el borde. Donde los pasos se repiten y las decisiones eran para ayer.

Caminó despacio por el salón. Sus pasos no hacían ruido. Como si no tocara el suelo.

—¿Qué querés decir con eso?

—Que estás al otro lado del espejo —la voz de Náli sonaba por todos lados—. Que viste algo que no se debía ver. Una madre con un hijo que no es hijo. Una figura que no mira, pero lo ve todo.

Juan retrocedió un paso. El piso crujió como madera mojada.

—¿Estoy muerto?

Náli lo miró. Por fin, lo miró directo a los ojos.

—¿Eso cambia algo?

Juan se quedó sin aire.

—¿Y si no estoy muerto? ¿Qué hago acá?

—Eso sí depende de vos —dijo Náli, levantando un dedo sin apuro—. Estás donde se elige. Donde se pesa lo que no se dijo. Donde el alma se dobla por lo que calló… no por lo que hizo. Donde todo lo que no hiciste te cae encima. Y donde la única brújula que tenés… sos vos mismo.

El viento se intensificó. Golpeaba las paredes con un rugir desgarrador. Las ventanas se azotaban contra sus marcos.

—Pero no entiendo —dijo Juan, tambaleando—. ¿Qué tengo que hacer?

Náli se acercó un paso. Su cara parecía estirada por una sombra que no venía de ningún lado.

—Eso no te lo puedo decir.

Juan sintió un mareo. Las paredes se inclinaban. El techo se alejaba. El cuerpo le pesaba como si cada músculo se volviera plomo.

Náli abrió los brazos como quien ofrece un abismo y dijo:

—La salida no está en el camino que falta transitar, sino en el que ya transitaste. Ese que arde. Que sangra. Que duele.

La voz de Náli ya no venía de su boca. Venía del viento. De las paredes. Del piso. Todo retumbaba.

—No es el infierno, Juan. No todavía.

Juan quiso responder. Quiso avanzar. Pero un vértigo brutal lo invadió. Como si el mundo entero se volcara hacia un costado. La voz de Náli se desdibujó, se mezcló con ecos imposibles.

—Volvé si podés. Si te animás. Pero apurate… Porque hasta este lugar cierra sus puertas.

Y ahí… Juan se desmayó. Todo se apagó.

Despertó tendido en el piso del salón. El mismo salón. Pero ahora estaba solo. Completamente solo.

Se incorporó con esfuerzo. Le dolía todo el cuerpo, como si lo hubieran desarmado y vuelto a armar mal. Miró a su alrededor, desorientado. El lugar seguía siendo el mismo... y sin embargo, no lo era. Algo había cambiado en el aire, en las sombras.

Llamó a gritos:

—¡Náli! ¿Dónde estás?

Silencio. Solo el eco de su propia voz, quebrada, rebotando en las paredes vacías como un animal perdido que nadie quiere encontrar. Dio un par de pasos hacia el centro del salón, tambaleante. El lugar parecía más grande, más hueco. Cada paso sonaba como si caminara sobre una tumba abierta. Nadie. Ni una presencia. Ni un rastro. Como si Náli nunca hubiese existido.

Salió del parador, tropezando. La luz lo cegó por un instante. El día estaba despejado, con un sol naranja alto en el cielo. El aire era frío, seco, como después de una tormenta invisible. El camino seguía ahí… pero parecía más lejano, más ajeno.

Juan caminó unos metros. No había rastros. No había nada. Solo ese paisaje detenido. Como si el mundo hubiese sido pintado y abandonado a medio hacer.

Se arrodilló en la tierra seca. La desesperación se le cayó encima de golpe. No gritó. No pidió ayuda. Solo lloró.Lloró por su esposa. Por esa discusión tonta antes de salir. Por no haberse despedido. Por haber cerrado la puerta sin mirar atrás. Por cada palabra que no dijo, por cada gesto frío que disfrazó de orgullo.

Lloró por su hija. Por haberle prometido que la llevaría y no cumplirlo. Por haber elegido el escape en lugar del compromiso. Por pensar que el tiempo se recupera, que los momentos se pueden guardar para después. Por no haberle dicho lo suficiente que estaba orgulloso de ella.

Lloró por su madre. Por los mensajes sin responder. Por las llamadas postergadas. Por los silencios eternos llenos de excusas vacías. Por cada cumpleaños que solo saludó con un audio rápido. Por los "Después la llamo" que se convirtieron en nunca.

Lloró también por sí mismo. Por la imagen de hombre fuerte que quiso sostener, mientras se quebraba por dentro. Por todo lo que cargó en silencio, por cada cosa que evitó mirar. Por haber vivido como si hubiera otra vida guardada de repuesto.

El frío del suelo se le metía en los huesos. Lo abrazaba como una frazada helada. Lo rendía. Lo adormecía.

Agotado, entregado, se dejó caer de lado. Y, con la cara apoyada en la tierra, murmuró apenas, como una confesión:

—Perdónenme… Las quiero.

Capitulo 7- – El niño

La luz comenzó a apagarse sin aviso. Como si el sol se hubiese rendido de golpe. El día se deshacía en sombras más rápido de lo natural, más abrupto que lo posible. En pocos segundos, la oscuridad fue total.

Juan quiso levantarse, pero no pudo. El cuerpo no respondía. Algo invisible lo mantenía pegado al suelo, como una raíz que lo reclamaba. No era solo peso: era una fuerza viva, densa, que parecía brotar desde lo profundo de la tierra misma. Sintió una presión conocida, parecida a las fuerzas que antes lo arrastraban hacia la oscuridad, pero ahora venían acompañadas de un zumbido que le taladraba los oídos, como si miles de voces susurraran al unísono desde el subsuelo.

Entró en pánico. Forcejeó con el torso, con los brazos. Gritó sin voz, como si la garganta estuviera sellada con barro. Pataleó contra el aire con la desesperación de un hombre que se hunde en arenas invisibles. Sus uñas rasgaban la tierra seca, pero no dejaban marca. Todo se sentía irreal, como si el mundo hubiese dejado de registrar su presencia.

El suelo vibraba levemente. Como si respirara. Como si lo absorbiera a un ritmo lento, implacable. Juan sentía que, si cerraba los ojos, ya no los volvería a abrir.

No había oscuridad esta vez. Era una claridad intensa, blanca, que crecía debajo suyo. Se expandía, lo envolvía, penetrando por los poros, por la boca, por los ojos cerrados con fuerza. No era luz solar ni artificial: era una claridad sin origen, sin sombra, sin forma. Como si la nada misma estuviera hecha de resplandor.

La temperatura cambió. Ya no era frío ni calor. Era una sensación de desnudez total. De exposición.

Juan intentó gritar, pero no había sonido. Intentó cerrar los ojos, pero la luz se filtraba igual. Como si viniera desde adentro.

Su cuerpo comenzó a flotar. O a hundirse. No lo sabía. Solo que el suelo ya no lo sostenía y el aire ya no lo contenía. Estaba cayendo hacia arriba o subiendo hacia abajo.

Su mente comenzó a apagarse por tramos, como una ciudad en la que se van fundiendo las luces una a una. El pensamiento se volvió fragmento. La memoria, borrosa. Ya no recordaba si había hablado en voz alta o solo lo había imaginado. Su cuerpo se volvió liviano, casi inexistente. Los brazos no respondían. Las piernas, entumecidas, ya no le pertenecían.

Una punzada de lucidez le dijo que estaba cediendo. Que algo se estaba soltando dentro suyo. No dolorosamente, sino como un desprendimiento inevitable. Como cuando se deja caer una piedra que ya no se puede cargar más.

Y entonces, mientras todo a su alrededor se volvía blanco y sin contorno, comprendió que algo se había quebrado. Que algo adentro suyo se había abierto. No sabía si era la muerte o la rendición. Solo que ya no era el mismo. Algo se había ido. Algo que quizás… no volvería a encontrar.

Solo habían pasado doce horas desde que salió de su casa. Pero para él había sido mucho más.

Como no se había comunicado, como era su costumbre en cada parada, su familia supo que algo andaba mal. No había mensajes, ni llamadas, ni rastros digitales. Intentaron contactarlo por todos los medios, pero su celular estaba apagado o fuera de cobertura. La inquietud creció rápido. Se organizaron. Llamaron a conocidos, se comunicaron con gendarmería, trazaron su posible recorrido. Iniciaron la búsqueda sin esperar a que pasaran las horas reglamentarias. Intuición pura. Amor y miedo.

Un grupo lo encontró justo a tiempo. Tirado en un claro al costado de la ruta, inmóvil pero vivo. Tenía los labios agrietados, la piel pálida, los ojos entreabiertos y húmedos de fiebre. Estaba deshidratado. En estado de shock. Lo subieron a una ambulancia sin entender qué hacía ahí, sin explicación.

Ya recuperado, todavía internado en el hospital, intentó contar lo sucedido. Lo que había visto. Lo que había sentido. Lo que había vivido. Habló del parador. De la mujer y el bebé. De la capilla y los calabozos. De la luz. De Náli. Todo con la certeza de quien lo vivió… pero con la confusión de quien aún no puede procesarlo.

Los médicos lo escucharon con paciencia. Los familiares con incomodidad. Revisaron mapas. Imágenes satelitales. Rutas alternativas. No había registro de ningún parador. Ni iglesia. Ni desvío alguno por el tramo de ruta donde decía haber estado. Nadie, ni siquiera en el pueblo más cercano, había visto nada raro. Para todos, simplemente se había perdido, descompensado, alucinado.

Pero Juan sabía que no había sido solo eso. Algo más había pasado. Algo que lo había tocado en un lugar donde las palabras no llegan.

Mientras esperaba el alta, salió de su habitación al pasillo. Caminó con lentitud, como si aún le pesara el otro mundo pegado a la espalda. Cada paso era una sombra que arrastraba. Miraba a los costados con la extraña sensación de que algo lo seguía, aunque no hubiera nada detrás.

Pasó por la sala de espera. Los tubos fluorescentes zumbaban con pereza, y el murmullo lejano de otros pacientes apenas rompía el aire.

Y allí, en el rincón más lejano, como si lo hubieran colocado a propósito donde menos se lo viera, un niño tarareaba bajito.

Juan detuvo el paso. Sintió cómo se le aflojaban las piernas, como si algo helado le trepara desde las plantas de los pies hasta el pecho. El

corazón le golpeó una vez fuerte, y después se silenció como para escuchar mejor.

El niño no lo miraba. Solo cantaba, como si no hubiese nadie más en el mundo:

"Juan va solo por la vía,
nadie sabe quién lo guía.
Juan pregunta, nadie habla,
lo persigue la mirada…"

"Si se duerme, no despierta,
si se pierde, nadie alerta…"